



Seix Barral

Mercè Rodoreda

Espejo roto

Prólogo de Rosa Montero





Seix Barral Biblioteca Breve

Mercè Rodoreda

Espejo roto

Prólogo de Rosa Montero

Traducción del catalán por
Pere Gimferrer

Título original: *Mirall trencat*

© Mercè Rodoreda, 1974

© Institut d'Estudis Catalans

Publicado de acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency

© del prólogo, Rosa Montero, 2002

© por la traducción, Pere Gimferrer, 1978

© Editorial Planeta, S. A., 1978, 2025

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2025

ISBN: 978-84-322-4882-5

Depósito legal: B. 14.100-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



I

(UNA JOYA DE VALOR)

Vicenç ayudó al señor Nicolau a subir al coche. «Sí, señor, como usted diga.» Después subió la señora Teresa. Siempre subía primero él y luego ella, porque para bajar necesitaba la ayuda de ambos. Era una maniobra difícil y el señor Nicolau requería muchos miramientos. Entraron por la calle de Fontanella y, en el Portal del Ángel, giraron a la derecha. Los caballos iban al trote y las ruedas, negras y rojas, recién barnizadas, rodaban, ligeras, paseo de Gràcia arriba. El señor Nicolau explicaba a todo el mundo que Vicenç valía un Potosí, que si no lo tuviera se vendería la berlina porque no se fiaría de ningún otro cochero. Y como el señor Nicolau era generoso, de todo sacaba provecho Vicenç. El cielo estaba encapotado; de vez en cuando, en un claro entre dos nubes, aparecía un pálido y breve rayo de sol. Todo el mundo, es decir, la servidumbre y algunos amigos, sabía que el señor Nicolau quería hacer un regalo a la señora Teresa porque cuando celebraron el primer medio año de matrimonio le había regalado un armario japonés de laca negra con

incrustaciones de nácar y oro, precioso, pero que a ella no le había entusiasmado. Él tuvo una decepción: «Ya veo que no he dado en el clavo, aunque vale un dineral; pero, como a mí me gusta, me lo quedaré y a ti te regalaré algo que te ilusione más». Ante la joyería Begú, Vicenç detuvo los caballos, bajó del pescante, y, mientras dejaba el sombrero de copa en el asiento, vio que la señora Teresa abría la portezuela y saltaba, ágil como un gamo. Entre los dos sacaron al señor Nicolau del coche —«de mi armario», como solía decir. Inmóvil en el centro de la acera, porque cuando bajaba del coche le costaba erguirse, miró dos o tres veces a derecha e izquierda, sin mover la cabeza, como si no supiera qué hacer. Dio por último el brazo a su mujer y muy despacio entraron los dos en la joyería.

Como querían ver personalmente al señor Begú, uno de los empleados los acompañó al despacho. El señor Begú era un hombre bien parecido, de piel sonrosada, con el pelo cuidadosamente cortado y las cejas pobladas. «¿Qué buen viento les trae por aquí?», exclamó, poniéndose en pie, cuando entraron. Llevaba tiempo sin verlos y le pareció que el señor Rovira había envejecido mucho: no debía de haber resistido las emociones del matrimonio. El señor Rovira fue directamente al grano: «Quiero que nos enseñe una joya, una auténtica joya». Se había sentado en una butaca de respaldo muy recto, que le descansaba la espalda, y pensó que se tendría que comprar un par de butacas como aquella. Teresa miraba las uñas del joyero: impecables, bien cortadas, brillantes. Le dio una ojeada de soslayo: debía de tener sus buenos cincuenta años, pero parecía que acabase de cumplir los cuarenta, erguido, elegante, con el traje oscuro a rayas y una perla gris en la corbata. Había tomado un lápiz por

los dos extremos y les miraba sonriendo: «¿Qué clase de joya desean?». El señor Nicolau miró a Teresa, y Teresa dijo que, tal vez, un broche. Tenía pendientes, tenía el anillo, los brazaletes no le gustaban... El señor Begú tiró de un cordón y dijo que le trajeran todos los estuches de los broches. Se le habían ido los ojos hacia Teresa; después miró al señor Nicolau con una mirada que lo separaba de su pareja. Conocía la historia: que el señor Rovira, a sus años, se había casado con una chica de baja extracción, y cualquiera sabía qué ocultaban aquellos ojos que parecían tan inocentes y aquella belleza luminosa. «A veces —pensó— esta clase de matrimonios salen bien, pero más vale no arriesgarse.» No sabía qué decir. El señor Nicolau había tosido un par de veces como si estuviera a punto de morirse; el pobre debía de tener una buena bronquitis. «Demasiado tabaco y demasiados licores.» Cuando vio entrar al empleado sintió una especie de alivio. El primer estuche que abrió estaba lleno de broches sencillos y el señor Nicolau, casi sin mirarlos, le dijo que ya podía volver a cerrarlo. Quería una joya de valor. El señor Begú abrió los demás estuches con una sonrisa de satisfacción y miró intensamente al señor Nicolau y su mujer. Teresa, que hasta entonces apenas se había movido, se abalanzó de pronto sobre un redondel de rubíes al que se entrelazaban dos círculos de diamantes. Era un hermoso broche, pero su marido se lo tomó de las manos con una mueca despectiva y lo dejó sobre la mesa. Entonces el señor Begú sacó de la caja de caudales un estuche forrado de terciopelo negro. «Es la mejor joya de la casa», dijo, acariciando con los dedos un ramo de flores hecho con brillantes, del tamaño de la palma de la mano. Teresa se quedó sin aliento y movió a uno y otro lado la cabeza como si lo que estaba viendo fuera un sueño y tratara de

despertarse. El señor Nicolau había sacado el broche de la caja y lo sopesaba. «¿No será demasiado?», suspiró Teresa, sofocada de felicidad. Él ni siquiera respondió, y con voz un poco ronca dijo al joyero que le hiciera el favor de colocar el broche en el vestido de su mujer. Después, mientras Teresa se miraba reflejada en una vitrina, el señor Nicolau empezó a contar con mucha calma un fajo de billetes que iba depositando muy ordenadamente sobre la mesa. El señor Begú los acompañó hasta la puerta. «¡La de dinero que habrá ganado en la Bolsa!», pensaba. Antes de darle la mano, el señor Nicolau le preguntó dónde había comprado la butaca del respaldo recto. «En la calle de la Palla, en casa de un anticuario.» El señor Nicolau le dio las gracias y él los felicitó por la efeméride. Al subir al coche, Teresa pensó que aquella joya sería su salvación.

Dos o tres semanas más tarde, una mañana, Teresa salió de casa bastante temprano. Su marido llevaba un par de días con un fuerte catarro. Le dijo que tenía que ir a ver a su modista y que no iría en coche porque tenía ganas de andar, de tomar el fresco; había pasado dos días encerrada, rodeada de microbios y de olor de eucaliptus. ¿Podía ponerse el broche? Quería asombrar a la modista. Como decía el señor Begú, aquel broche dejaba en buen lugar a cualquier hombre. «La gente que me mire no pensará ¡qué señora! sino ¡qué señor!» Él, en cama, rio sin muchas ganas. Teresa era una perla. La había conocido viéndola pasar del brazo de una amiga, desde la terraza del café del Liceo. La madre de Teresa vendía pescado en la Boqueria. Ella se lo había contado enseguida, un día que iba sola y que él, después de seguirla un rato, le había

preguntado si podía acompañarla. Siguieron viéndose y aquel invierno murió la madre de Teresa. Cuando aún no llevaba un mes enterrada, el señor Nicolau preguntó a Teresa si quería casarse con él: todo cuanto podía ofrecerle era su fortuna, sabía de sobra que era viejo y que ninguna muchacha podía enamorarse de él. Teresa le contestó que se lo pensaría. Tenía un gran problema: un hijo de once meses, un deslíz mayúsculo. El padre se llamaba Miquel Masdéu, estaba casado y se ganaba la vida, entre otras cosas, encendiendo y apagando faroles; pero tumbaba de espaldas de guapo. En cuanto el señor Nicolau le habló de boda, Teresa dejó a buen recaudo al niño en casa de una tía suya y al cabo de unos días le dijo que sí. «¡Y al diablo con el pescado!» Parecía que hubiera pasado mucho tiempo desde entonces y al fin y al cabo todo era aún tan reciente... Hacía un día suave y un sol que era una delicia. Teresa caminaba como si tuviera alas. Al cabo de un rato entró en un portal, se quitó el broche y lo guardó en el bolso. Estaba nerviosa. Cruzó despacio la plaza de Cataluña. Si no se le calmaban los nervios no le saldría bien nada de lo que se disponía a hacer. Y tenía que hacerlo a toda costa. Su marido, que era capaz de gastarse una fortuna para que estuviera guapa, le tasaba el dinero: algún día acabaría por advertir lo deprisa que se le iba. Pero lo que más la preocupaba era que la tía Adela envejecía, podía morir en cualquier momento, y entonces, ¿qué? En el paseo de Gràcia se veía muy poca gente. En uno de los escaparates de la joyería había un collar de perlas de tres hileras, un poco grises, como la de la corbata del señor Begú. Teresa empujó la puerta y entró.

La joyería estaba medio a oscuras; quizá era demasiado pronto. El muchacho de los estuches, que ya la conocía, le sonrió. «Tiene usted suerte, señora Rovira; el señor

Begú acaba de llegar.» El señor Begú, que debía de haberla visto por entre las cortinas, salió enseguida. «Qué honor, señora Rovira; ¿tendrá usted la bondad de pasar?» Teresa lo miró entre curiosa y angustiada y entró en el despacho. Sobre la mesa había una lámpara con una pantalla verde que dejaba la estancia en una semipenumbra. Mejor así, protegida. Comenzó por el principio. Sacó el ramo de brillantes del bolso y lo dejó junto a la lámpara. «Creerá que se me ha caído un brillante y que vengo a presentar una reclamación.» En vista de que Teresa no decía nada, el señor Begú le preguntó si algo andaba mal: «¿Se le ha estropeado el cierre del ramo?». «No; vengo para vendérselo.» El señor Begú se puso en pie, se acercó a una vitrina, dio media vuelta y volvió a sentarse. El asunto se presentaba delicado; no sabía cómo empezar. «Quisiera hacerle una pregunta, pero no me atrevo... Nada más lejos de mi intención que ofenderla.» Se puso nuevamente en pie, se alisó el pelo con la mano y por último se decidió: «¿Lo sabe su marido?». Teresa contestó inmediatamente: «No». Y mirándolo con ojos melosos añadió: «Mi marido no lo sabe ni ha de saberlo nunca». Lo que ella quería era que el señor Begú le comprara el broche, por un precio inferior al de la venta, naturalmente. El señor Begú se pasó la mano por la mejilla y la miró unos momentos como si no acabara de entenderla. Teresa le dijo que necesitaba dinero. «Haremos un trato: usted me promete que no expondrá ni venderá esta joya hasta, por ejemplo, dentro de dos o tres meses, y que, antes de venderla, si la vende, hará que saquen un dibujo de ella.» El señor Begú sonrió con una mirada maliciosa y Teresa añadió: «¿Le parecen bien las dos terceras partes de lo que pagó mi marido? No puedo prometérselo, pero es muy posible que volvamos a comprarla». El señor

Begú dejó de sonreír y sacó un talonario de cheques. Teresa, con un ademán de la mano, le detuvo: «No, nada de talones». El señor Begú le dirigió una mirada de complicidad: «Si ayer no me hubiera retrasado para ir al banco me habría visto obligado a decirle que volviera mañana». Abrió la caja y sacó un fajo de billetes. «¿Quiere usted contarlos?» «No hace falta, usted dirá.» Entonces, el señor Begú, que al darle los billetes le había rozado suavemente las puntas de los dedos, guardó la joya en un cajón de la mesa. Teresa se levantó y él la tomó del brazo con delicadeza. «¿Volveremos a vernos?» Mientras cruzaba la joyería, ella le respondió con voz muy natural: «Es casi seguro».

Tomando el bolso por el cierre se dirigió a la parada de los coches de punto. Cuando llegó a casa de su tía Adela, la vecina, que estaba barriendo el descansillo, le dijo que habían salido, pero que la señora Adela volvería enseguida. Si quería esperarla... Poco después se presentó la tía Adela, molida de cansancio, con un cesto en la mano y el niño dormido a cuestas. Dejaron al niño en su cama y pasaron al comedor. Teresa le dijo lo que tenía que hacer: avisar a Miquel y darle aquel dinero. Sacó el fajo de billetes del bolso y tomó la mitad. «Miquel adoptará al niño, ya hemos hablado; su mujer está de acuerdo.» Naturalmente, no sabía que era hijo de Miquel. Él le había contado una historia muy triste y muy complicada y, como ellos no podían tener hijos, la había convencido. La otra mitad de los billetes se la daría cuando el niño estuviera bautizado. «Yo seré su madrina, para que cuando crezca pueda venir a verme y yo pueda ayudarle: no quiero que mi hijo ande perdido por el mundo.» La tía Adela parecía muy aturdi-

da, pero iba asintiendo a todo. «Con este dinero Miquel y su mujer podrán vivir con algo más de desahogo.» Desde luego que Miquel no se había portado bien; cuando comenzaron a salir juntos no le dijo que estuviera casado, pero ella no era rencorosa y había estado enamorada de Miquel. La tía Adela le dijo que perdiera cuidado, que haría cuanto estuviera en su mano. «¿Quieres que vayamos a mirar cómo duerme?» El niño dormía como un ángel. A Teresa no acababa de gustarle porque le parecía que tenía la nariz un poco arremangada, como ella, pero, aunque la suya le resultaba graciosa, creía que la del niño le afeaba. Lo arropó bien. «Tía, me voy, que tengo mucha prisa.» En el umbral de la puerta le dio dinero: «Esto es para usted», y le dijo que estuviera tranquila, que nunca le faltaría nada.

Necesitaba dar con una farmacia que no estuviera demasiado lejos de casa de la modista, porque antes iría a probarse un vestido. Había una en la esquina. En cuanto entró en la salita dijo a las chicas que procuraran ir deprisa porque no se sentía bien. Media hora después, bajando la escalera, advirtió que le temblaban las manos. Se detuvo en la acera. «Con un poco de suerte todo saldrá bien», pensó, y se dejó caer en el suelo apoyándose a medias en la pared. Enseguida formaron corro en torno a ella algunas personas y un señor la ayudó a levantarse. En la farmacia le dieron a oler un frasco; ella dijo que había tenido un desvanecimiento: llevaba poco tiempo casada. El farmacéutico sonrió y le preparó una medicina: «Tome media cucharadita con agua cada dos horas». El señor que la había ayudado fue a buscar un coche. «Si no tiene usted inconveniente, la acompañaré.» «Le estaré muy agradecida.» La portera les vio llegar, como quería Teresa, y la ayudó a subir las escaleras. Felicia le abrió la puerta. «Si el

señor pregunta por mí, díganle que he llegado cansada, que estoy algo indispuesta.» Y se acostó enseguida. Por la noche, Felícia le llevó un vaso de leche y le contó que el señor estaba muy postrado, pero que cuando había sabido que ella había tenido que acostarse había mandado llamar al médico. Teresa se alarmó pero no tuvo que fingir mucho: tenía el pulso alterado y algunas décimas de fiebre.

El llanto tardó bastante en empezar. Cuando oyó la campanilla de la habitación de la señora, Felícia estaba a punto de dormirse. Se puso la bata y, en cuanto abrió la puerta, la señora, de pie ante el tocador, despeinada y con los ojos enrojecidos, le preguntó si cuando había guardado el vestido había quitado el broche de la solapa. Felícia no se inmutaba nunca: «¿Qué broche?». «¿Qué broche ha de ser? El de brillantes.» Felícia le dijo que no lo había visto. Se había llevado el vestido, lo había cepillado a conciencia y, como habían quedado manchas de barro, lo había llevado a la tintorería; pero la señora podía estar segura de que en la solapa no había nada. Teresa hundió el rostro en el pañuelo y empezó a llorar. Al día siguiente, muy temprano, Felícia fue a preguntar si habían encontrado un broche en la solapa del vestido de la señora Rovira. La chica de la tintorería le dijo que no, que antes de hacer limpiar los vestidos siempre los repasaba para estar segura de que no se habían olvidado nada en ellos. «Me lo robarían cuando me caí —dijo Teresa con gran desesperación—; preferiría haberme muerto.» Felícia se lo dijo a Vicenç, Vicenç a la portera, la portera al tendero; y la cocinera, cuando fue a pedir al señor Nicolau el dinero de la semana, le contó que la señora había perdido el bro-

che de brillantes al salir de casa de la modista y que estaba a punto de enloquecer del disgusto. El señor Nicolau, que había mejorado de su catarro, fue a ver a Teresa y la encontró pálida como un muerto porque no había pegado ojo en toda la noche y de tanto decir que estaba enferma ya se encontraba mal de verdad y estaba ya convencida de que había perdido el broche. El señor Nicolau, sentado al pie de la cama, le preguntó por qué no había confiado en él y no se lo había contado inmediatamente; y Teresa, casi sin voz, dijo que se lo debían de haber robado cuando se desmayó y que él no podía imaginar el disgusto que estaba pasando, como si se encontrara en el infierno, no por el valor de la joya, aunque era mucho, sino porque era un regalo que él le había hecho, una prueba de afecto. Y empezó a llorar con el rostro hundido en la almohada. El señor Rovira le tomó una mano y le dijo que lo sentía, naturalmente, pero que no quería verla triste y que lo arreglaría enseguida.

Y cuando estuvo buena y con un poco de color en las mejillas, porque realmente lo había pasado muy mal, salieron una mañana con el coche. Entró primero el señor Nicolau, ayudado por Vicenç, porque era viejo y estaba medio envarado y le costaba Dios y ayuda entrar y salir del «armario». Después subió la señora Teresa. El señor Begú, al verlos, tuvo que contenerse para no soltar la carcajada. Teresa le contó el percance del broche y el señor Nicolau, sin dejarla terminar, preguntó si tenían otro igual. «No; no tengo ninguno igual, porque era una joya única, pero tengo el boceto y, si ustedes lo desean, puedo hacer que la repitan. Lo más difícil será encontrar unos brillantes tan perfectos como los que había en el centro de las flores, pero haré lo imposible, pierdan ustedes cuidado.» Y un par de meses más tarde volvieron a la joye-

ría. El señor Begú sacó de la caja de caudales un estuche violeta, forrado de raso blanco, y lo dejó abierto sobre la mesa. El señor Rovira dio un fajo de billetes al joyero, el cual, satisfecho, mientras clavaba el broche en la solapa del vestido de la señora Rovira, dijo mirándola a los ojos: «Nadie diría que no es el mismo».

Aquella primavera Teresa Goday de Rovira apadrinó a un niño algo crecido que no tenía madre, el pobrecillo, muerta en el hospital, de parto. Contó a su marido que Miquel Masdéu era un obrero, que se conocían de cuando niños. Masdéu era primo hermano de la madre que había tenido el deslíz; el niño se había quedado solo en el mundo y Masdéu, como no tenía hijos de su mujer, había decidido llevárselo a casa. Un lío enorme. «¡Qué buena gente!», dijo el señor Rovira, que no había tenido ganas de acompañar a Teresa al bautizo. En un rincón de la sacristía, Miquel Masdéu, con los ojos empañados en llanto, oprimió la mano de Teresa: «Gracias: que seas feliz y que Dios te lo pague». Y miró deslumbrado, porque con las llamas de los cirios brillaba mucho, un ramo de pedrería que Teresa, casada con un viejo forrado de dinero, llevaba clavado en el lado izquierdo del pecho.